



La
secuencia
de los latidos
rotos

**NATALIA
BROWN**



La
secuencia
de los latidos
rotos

**NATALIA
BROWN**



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, octubre 2023

IMPRESO EN ESPAÑA

ISBN: 978-84-19939-05-0

Depósito Legal: CS 700-2023

© del texto, Natalia Brown

© de la cubierta, Borja Puig

Corrección, Carol RZ

Código THEMA: FR

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

**Para esas personas que recogieron
los pedazos de sus latidos rotos
y los hicieron enteros.**

PRÓLOGO

Septiembre, 1970

La clave de un buen guion no son las palabras. Tampoco las frases o el significado de lo que se quiera transmitir. La clave de un buen guion son las pausas, los silencios. Que sea capaz de hacer que estos suenen tan alto como una palabra y que lleguen a colarse en la piel del lector, del espectador. Transmitir en silencio.

Acabo de terminarlo.

Suspiro. Siento la respiración entrecortada, el corazón latiendo a un nivel acelerado, la piel de gallina. No puedo creer que lo haya terminado. Las lágrimas acuden a mis mejillas de una forma descontrolada. Ojalá los guionistas tuviésemos el poder de controlar mejor nuestras propias emociones y menos esas que plasmamos de una forma intacta en los guiones.

Releo de nuevo la última frase que cierra esta historia. Me froto la nuca observando de reojo el título que envuelve todas estas páginas. *El principio de nuestro amanecer*. No sé si acabo de escribir una tontería, si esto algún día caerá en algunas manos que terminen de hacer la magia con algo que ha salido de lo más profundo de mi pecho. Un verano ha sido el tiempo que ha tardado en tejerse esta historia, una de amores prohibidos, como el que estoy viviendo en mi propia piel. Al final es verdad que es imposible que un escritor no aporte algo suyo a sus novelas.

Junto la última página de mi guion con el resto y aparto la máquina de escribir hacia un lado.

Me he quedado chafado, y debería estar contento. ¿Es por el final? ¿Es por lo que cuento en esta historia? ¿Por el descubrimiento que me he hecho a mí mismo? Tener el guion delante es como

verme en un espejo. Ahí estás, te ves, te ves tan claro que incluso llegas a imaginar que tu propio rostro te devuelve la mirada. Estas páginas que sostengo son eso. Soy yo. Y me aterra y me gusta a la vez. Me encuentro a través de estas palabras aunque nadie vaya a saber nunca la historia que hay detrás.

Lo cojo todo y lo guardo en un cajón al final de todas mis cosas. No quiero volver a pensar en esto en un tiempo aunque tengo una cuenta atrás que me presiona. Me levanto y enciendo un cigarro, me aproximo a la ventana y me siento en el alféizar. Son las tres de la mañana de principios de septiembre. El verano está llegando a su final y siento que he vivido el verano más intenso de mi vida.

Soy Noah. Noah Harris. ¿Algún día alguien conocerá mi nombre? ¿Conocerá mi historia, *El principio de nuestro amanecer*? ¿Será el principio de algo que me espera en el futuro? Fantaseo mientras el cigarro se vuelve más corto a cada calada que doy. Apoyo la cabeza en la ventana y pienso. ¿Y ahora qué? Estoy deseando que Tony lea el final del guion y ver su reacción. Nadie sabe de esto. ¿Se lo digo a mis padres? ¿Les cuento que me gustaría intentarlo?

Mentiría si no dijera que me asusta el futuro. Pero ¿a quién no? Todo lo incontrolable como el tiempo, la muerte o el destino nos asusta a todos. También el amor. El jodido amor. Estoy roto, me siento roto. Ahora más que nunca.

Porque no puedo tener a la persona que más quiero conmigo. Porque a todo el mundo le parece una locura menos a mí.

Porque lo que más asusta en realidad es el propio miedo de no tener algo que cada célula de tu cuerpo quiere y que te destroza tanto que acabas por escribir un guion de una maldita película.

Ahora

EDEN

Aparco el coche en el borde de la carretera y suspiro. Hace un calor terrible en el pueblo. Cojo las cosas de asiento del copiloto, solo lo

necesario, que consiste en un libro, una toalla y un sombrero. Dejo las ventanillas bajadas para que no se prenda por dentro mientras estoy en el lago. Me dirijo a la orilla, donde deposito la toalla en la tierra y me siento encima, dejando en los límites lo que traigo conmigo.

Cuando me acomodo y me siento lo suficientemente a gusto, me pongo las gafas de sol y estiro el cuello, gozando de cada rayo de sol que toca mi piel. No hay nadie. La gente del pueblo odia el lago. Cuando era pequeña y veníamos a visitar el pueblo de mi familia paterna, siempre esperaba encontrarme con niños jugando en el agua de Pintmey y no un solitario, precioso y pequeño lago en el interior de Estados Unidos. Al abuelo le gustaba; según me había contado, se pasaba todos los veranos bañándose en él con la abuela y su mejor amigo cuando eran jóvenes. ¿Cómo sería Pintmey en los setenta y en los ochenta? Han pasado más de cuarenta años de eso y el pueblo que un día fue conocido por ser el pueblo que vio crecer a Noah Harris ahora nada más que es un pueblo fantasma.

Me cuesta imaginármelo con vida, con sus calles llenas de familias, parejas y niños paseando a sus mascotas. Que el parque de la plaza central y los bares estuvieran repletos de muchedumbre, sobre todo en verano, pasando sus vacaciones en un lugar tranquilo. Mis padres odian Pintmey, sin embargo, yo siento una extraña y cercana conexión con el lugar donde mi abuelo creció.

Me cuesta explicarlo. Como me cuesta explicar la razón por la que dejé Los Ángeles por Pintmey, un pueblo a cientos de kilómetros que no tiene oportunidades ni nada que ofrecer a una chica que ha estudiado cinematografía.

Me quedo un rato pensando bajo el sol hasta que me levanto y hundo los pies en la orilla del lago. Está fría, muy fría, y eso que estamos en junio. Pintmey huele a verano, a flores, a atardeceres. Me quito los pantalones y la camiseta y me tiro de cabeza, sumergiéndome en el agua dulce. No sé cuánto tiempo me quedo bajo el agua sin temer por un segundo quedarme sin aire. Llevo dos meses sola aquí, en la casa donde mi abuelo se crio, huyendo de la

inspiración, del ruido de Los Ángeles, de las oportunidades que me habían ofrecido. ¿Qué pensaría la chica de hace dos años que tenía como meta convertirse en una de las mejores guionistas de Hollywood como lo fue su abuelo? ¿Qué pensaría él de mí? He crecido toda mi vida con una meta, un sueño, y ahora siento que ese sueño está envenenado. No hablo con mis padres y he dejado de responder los mensajes de mi mejor amiga. Estoy aislada. Lo necesitaba. Porque no estoy bien, porque llegué a un punto en el que no podía seguir en Los Ángeles porque todo me recuerda a él, a las películas que solíamos ver destripando todos los guiones a fondo, a aquellas noches en las que llegó a prometerme algo que no hizo, o lo mismo yo sola imaginé que prometía algo porque jamás había sentido lo que sentí estando con él. No lo sé. Pero aquí, en Pintmey, me siento mejor. Han sido dos meses agarrada a una soledad a la que he terminado cogiendo cariño. Aquí nadie puede hacerme daño a pesar de que los vecinos me vean como la nieta prodigiosa del Noah Harris que creció aquí. Ya no quiero saber nada de guiones ni películas, llevo unos meses sin intentar escribir una sola línea y tampoco tengo intenciones de volver a hacerlo.

Salgo a la superficie y respiro exhausta. Puede que no necesite más que esto, puede que aquí sea feliz y aprenda de nuevo a respirar sin que se me encoja el pecho. No echo de menos nada, y a la vez hay momentos en los que cogería el coche para volver. Pero él estará ahí. Y, aunque estoy empezando a olvidarlo, la cicatriz sigue llena de secuencias y escenas metidas en un guion con un final que nunca imaginé.

Vine al pueblo para empezar de cero conmigo misma y me da pena saber que alguien nos tiene que romper el corazón para darnos cuenta de que, en el fondo, queremos ser otras personas.

PARTE I

Hace dos años

«En este mundo, solo somos nosotros».

As It Was
Harry Styles



CAPÍTULO 1

Sonaban los últimos y emotivos acordes de la banda sonora de la última escena. Tres. Dos. Uno. La pantalla se volvió oscura y las luces se encendieron al momento mientras los créditos aparecían en la pantalla. Escuché algunas palmadas provenientes de las últimas filas, pero no muchas, porque la sala del cine estaba casi vacía. De hecho, por un momento pensé que estaba sola. Una pareja de mediana edad que pasó por mi lado me miró de una forma extraña y entonces me di cuenta de que no recordaba que tenía las mejillas empapadas de lágrimas. Me las sequé enseguida y me ruboricé al pensar lo estúpida que quedaría desde fuera.

Esperé en el asiento de la sexta fila a que salieran las pocas personas que había. Siempre en la sexta. Era una manía. Además, nunca me iba de un cine hasta que terminaran todos los créditos. Otra manía, supongo.

Seguí con la mirada clavada en la pantalla pensando en la película, en el sentimiento de vacío que me acababa de dejar, la sensación de ahogo y, a la vez, de paz. Me dolió el corazón. Sí, claro que me dolió aunque no lo sintiese en la vida real, aunque fuese una chica tan fría y demasiado ocupada como para sentir el amor fuera de una pantalla. Me dolió tanto que lloré y me sequé la cara tan deprisa porque odiaba que la gente me viera de esa forma.

Apreté las manos con fuerza en los reposabrazos y suspiré. Sentía las pulsaciones muy aceleradas cada vez que recordaba ese final tan doloroso. Y ni siquiera había terminado mal la historia de amor de Blair y Archie, sino algo distinta, emotiva, agridulce. Eso era, agridulce.

—¿Señorita? —La voz del acomodador me sacó de mi universo y di un saltito en el asiento.

—Disculpe. —Me levanté enseguida y bajé las escaleras laterales de la sala.

—¿Le ha gustado la película?

Me detuve y miré al chico, que debería rondar los diecisiete años.

—Ha sido una historia preciosa.

Archie y Blair. Blair y Archie. La historia de un pianista que no deja de luchar por sus sueños y una chica con un pasado complicado lleno de adicciones que triunfa en los noventa como modelo. Nunca olvidaría aquella historia que se había estrenado en cines hacía unas semanas y a la que no le había dado una oportunidad, a pesar de haber escuchado muy buenas críticas sobre el guion, la banda sonora y las actuaciones.

Salí del cine con las manos en los bolsillos. Me fijé en esa pareja joven que se estaba dando un apasionado beso en la acera de enfrente, cómo se miraron después, se dijeron algo y se abrazaron. Sonreí. El chico jugó con su pelo y ella se reía mientras lo regañaba. Leí un «te quiero» en los labios de ambos y aparté la vista. Respiré aire y lo solté, y entonces comencé a caminar entre la noche y las calles de un barrio más apartado de Los Ángeles.

Puede que el amor exista más allá de las pelis y los libros, puede que no sea solo para algunas pocas personas privilegiadas y todo el mundo lo experimente llegados a un punto. Puede que el amor sea algo más solidificado que abstracto. Y que exista en el aire, en el agua, en los cuadros y en las marcas de la piel. No sé. Siempre había pensado que no estaba hecho para mí, que nunca llegaría a ser «la chica», esa chica a la que elegirían para pasar tiempo a solas, que quisieran conocer porque huye tantas veces de eso que es normal.

Puede que asustase al amor con el miedo que habitaba dentro de mí. Porque me producía vértigo que alguien traspasara las barreras de mi piel y de mi pecho.

No sé, el amor no era mío en ese momento.

Pero lo sería.

Y entonces vería aquellas películas en el cine sintiendo que en algún momento de mi vida había sido «esa chica».



Estaba en la cafetería de la facultad preparándome para las clases del día. Todo el mundo me miraba de reojo cuando me veían por el campus de la universidad y ninguno de ellos se atrevía a acercarse a mí. Me daba rabia. Porque, aunque por fuera pareciese una chica fría como el hielo, por dentro nunca estuve hecha del mismo material. Nunca pensé que un apellido tuviera tanto poder de encasillarte en una imagen que todo el mundo parecía ver igual.

—Buenos días, florecilla.

Menos mi mejor amiga, Skylar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, mientras engullía una napolitana de chocolate con el ceño fruncido. Apagué la pantalla del portátil—. Oh, venga ya, Eden. Sabes que eres de las mejores estudiantes de nuestra promoción, no hace falta que te prepares las clases antes de entrar en ellas.

—Solo estaba asegurándome de tener el temario correcto, nada más.

—Sí, ya. En realidad, no puedo creer que estemos en el último curso. ¡Y con muchas optativas! Me muero por empezar Sonido y Edición.

Skylar iba a enfocarse en esa rama, mientras que yo iba a ir a por la de Guion, obviamente. Llevaba toda la carrera esperando ese momento.

—Los de tu clase de guion te van a temer.

—Eso no es verdad.

—Lo llevas en la sangre, Eden Harris.

—Gracias por repetirlo otra vez, no tenía ni idea.

—Solo digo que muchos quieren hacerse un hueco en el mundillo y ya sabes lo complicado que es, y tú ya tienes un camino.

—Skylar —pronuncié, poniendo los ojos en blanco—. Quiero continuar el legado de mi abuelo, no hay nada que me haga más feliz. Quiero ser como él, siempre lo he querido.

—¿Está mejor?

—Regular, aunque ha mejorado respecto a los meses de atrás.

—Me alegro —dijo con sinceridad—. Se pondrá bien. —Su mano buscó la mía y me la apretó con fuerza.

Desde que me enteré de que el abuelo estaba enfermo, el mundo se me había caído encima. Noah Harris un día fue uno de los mejores guionistas de cine de Estados Unidos y ahora estaba enfermo a los setenta años. Tuvo que dejar de escribir, tuvo que dejar su carrera a un lado debido a algo que le pasó y que nadie, ni siquiera mi familia, sabía. Para todo el mundo, la enfermedad había sido la causa por la que había aparcado su carrera; para su familia, era todo un misterio. Y a mí me consumía por dentro, más aún cuando le preguntaba y no conseguía sacarle nada de información. El abuelo siempre fue muy cerrado.

—¿Eden?

—¿Sí?

—¿Has vuelto? ¿En qué estabas pensando?

Parpadeé volviendo en mí. Seguía en la cafetería de la universidad con Skylar.

—Llegamos tarde a clase. —Me levanté con prisa recogiendo todo. Mierda, odiaba llegar tarde a los sitios.

—Llegas tú, a mí me queda una hora.

Le saqué la lengua a mi amiga mientras me levantaba de la silla.

—¡Espera, Ed!

—Dime.

—Hay una fiesta de inicio de curso mañana por la noche. ¿Vamos?

Eché la cabeza hacia atrás.

—Venga.

—Sabes que no me gustan las fiestas.

—Es nuestro último curso como universitarias. —Me puso ojos de corderito—. Y habrá chicos guapos, y a todo el mundo le gusta que vayan descendientes de celebridades a las fiestas.

—Eres una idiota. —Me di la vuelta.

—¡Lo último era broma, tonta! —me gritó—. ¡Te recojo mañana a las siete!

Caminé entre la gente hasta que llegué a mi clase de Guion Cinematográfico. Me detuve ante la puerta cerrada. Llevaba tres años esperando ese momento, por fin iba a continuar mi carrera por la rama en la que quería especializarme desde antes de terminar el instituto. Mis padres no estaban muy de acuerdo con mis sueños, sobre todo mi padre, que había crecido con un padre que era una celebridad y que nunca le prestó la suficiente atención, además de que escondía muchos más secretos de lo que decía.

—Te consumiré, Eden. ¿Es que no ves al abuelo? ¿Quieres acabar como él?

—¿Cómo ha terminado?

—¡Siendo una persona completamente distinta!

—¿Cómo sabes tú eso?

—La abuela lo conoce desde que tenía diecinueve años. He nacido de él, me he criado con él.

—El abuelo siempre ha sido así.

—¿Y nunca te has preguntado por qué es de esta forma?

—No, papá, nunca me lo he preguntado.

—Perdón. —Un chico pasó por mi lado, atropellándome mientras abría la puerta y me sacaba de mis pensamientos. Casi me di de bruces contra la pared. Una libreta se me cayó al suelo.

—¡Eh! —Arrugué la frente.

De repente vi al chico detenerse y girarse hacia mí antes de entrar. Me arrodillé para recoger mi libreta mientras lo asesinaba con la mirada por quedarse totalmente pasmado.

—¿Hace falta que te convenza para que curses esta optativa? ¿O eres una de esas alumnas que no saben qué rama escoger y se apuntan a la primera que les suena bien?

¿Qué? Pero ¿de qué iba ese tío?

—¿Disculpa? —pronuncié con lentitud y fuerza—. ¿Qué te hace pensar que no estoy segura de cursar esta asignatura?

—Contemplabas la puerta con inseguridad. No está mal la asignatura y, por cierto, me han dicho que el profesor se enfada cuando la gente llega tarde a su clase.

—Pero ¿de qué vas? —respondí irritada cuando volvió a pasar por mi lado para adentrarse en la clase.

Tenía varias preguntas. La primera: ¿quién era ese chico? No me sonaba de haberlo visto durante los otros cursos. La segunda: ¿cómo sabía cómo era la asignatura? ¿Era repetidor? La tercera: ¿se podía ser más maleducado?

Decidí entrar a la clase, que estaba hasta arriba de alumnos. Calculé entre unos cincuenta. ¿Todos esos querían dedicarse a ser guionistas? Busqué hueco en la primera fila, pero por supuesto estaba llena. Al final solo quedaba en las últimas, cosa que odiaba. Pasé junto a algunos compañeros que conocía de otros años y, mientras escuchaba de fondo la voz del profesor dando los buenos días, coloqué el portátil y mis cosas en la mesa.

—Bienvenidos a la asignatura de Guion Cinematográfico.

Entonces alcé la cabeza y sentí cómo se me encogía el pecho. No me lo podía creer.

Lo vi de pie delante de todos, con ese traje ridículo, esa corbata bien puesta, ese pelo de color oscuro tan bien peinado hacia un lado. No era un alumno, era el profesor. Tardé unos segundos en reaccionar y se me aceleró la respiración cuando posó su vista en mí y dijo:

—Siento el retraso. Espero que cada uno de los que estáis aquí estéis seguros de dónde os metéis. Esta asignatura es muy específica, solo para aquellos a los que os interese centrar vuestra carrera en ser guionistas de verdad. Si os gusta, os será fácil superar esta

asignatura, pero si, por el contrario, os habéis metido aquí porque no tenéis otra opción, será todo un calvario.

Achiqué la vista apretando la mandíbula con toda mi fuerza a la vez que hacía contacto visual con él. Iba a ir a por mí, pero ese chico no tenía idea de quién era yo.

—Disculpad, no me he presentado. Soy el profesor Cooper y para el lunes quiero una redacción con una propuesta de mejora del guion de *Casablanca*.

La clase se llenó de murmullos y quejas al segundo.

—Ese guion es una obra maestra —dije alzando la voz tanto como pude.

Todo el mundo me miró enseguida. No me gustaba ser el centro de atención, pero sí ser una buena alumna y participar en las clases.

—Señorita...

—Harris.

Al escuchar mi apellido, su expresión cambió de inmediato. ¿Lo había reconocido? No dejé de mirar ni por un segundo esos ojos marrones tan intensos como el café y mentiría si no dijera que sentí un leve cosquilleo en el estómago.

—Para hablar tiene que alzar la mano y pedir permiso, señorita Harris.

—Bien. —Alcé la mano enseguida.

Todos los alumnos observaban de un lado a otro la escena. Parecían divertirse. Sentí sus punzantes miradas clavándose en mi rostro y estaba segura de que tras esa clase sería tema de conversación una vez más, con lo que odiaba llamar la atención. Y no, no tenía amigos en clase.

—¿Sí?

—Poco hay que hacer para mejorar el guion de *Casablanca*, profesor Cooper.

—Bien, los que sean capaces de sorprenderme, tendrán un punto más en la nota final.

Un punto más. Todo el mundo dejó escapar una expresión de sorpresa mientras el profesor Cooper me miraba en la lejanía con

una expresión que no supe describir. No podía creer que mi asignatura más esperada fuese a dármele ese joven que me había atropellado el primer día en la puerta de su clase.

Anoté en la agenda el trabajo que acababa de mandar. Iba a hacer lo posible por ser la mejor. Lo era. Lo necesitaba. Por el abuelo, por demostrarles a mis padres que algún día sería una estrella con los pies en el suelo y las manos escribiendo guiones de Hollywood, por esa Eden de trece años que vio por primera vez la obra maestra que escribió su abuelo a comienzos de los setenta.

Y ese profesor no me iba a fastidiar.

En el resto de la hora de clase estuvimos comentando los mejores y peores guiones de la historia del cine mientras el profesor Cooper nos contaba anécdotas interesantes. No estuvo mal, aunque era demasiado serio y... no me cayó bien. Cuando terminó la clase con un sabor agrídulce, mientras recogía mis cosas y me encaminaba hacia la puerta, el profesor Cooper me llamó.

—Señorita Harris, ¿puede quedarse un segundo?

Algunos de mis compañeros me miraron con curiosidad, pasé junto a dos chicas que cuchicheaban lo guapo y atractivo que era él hasta que llegué a su mesa.

—¿Sí? —pregunté con menos educación de la que tenía. Lo último que me apetecía era compartir otra conversación ridícula con él.

El profesor Cooper se cruzó de brazos y se apoyó en el borde de la mesa cruzando los pies. No quería repasar de arriba abajo cómo ese traje grisáceo moldeaba su cuerpo a la perfección, ni cómo se estrechaba en su entrepierna y en los brazos y espalda. ¿En qué momento pude creer que era un alumno?

—¿Usted es la nieta de Noah Harris?

—¿En serio me ha llamado para eso? —rechisté, y empecé a dar media vuelta.

—Espere ahí.

No quise obedecer, pero lo hice. Me estaba dando mucha rabia.

—Todos preguntan lo mismo cuando me ven o escuchan mi apellido. Todos dicen cosas sobre mí, y lo harán en su asignatura, profesor Cooper. Y no, no estaba plantada en la puerta dudando sobre cursar esta asignatura porque lo llevo en la sangre.

Me examinó de refilón de arriba abajo, en silencio, serio, mucho más que en nuestro primer encuentro o durante la clase. ¿Qué era lo que quería?

—Demuéstrelo entonces.

—Tenga por seguro que lo haré.

—Porque no se lo pondré fácil.

—Eso no es justo.

—Usted lo lleva en la sangre, los demás no. Demuéstrelo.

Lo fulminé con la mirada mientras la suya se relajó y me quedé paralizada en el instante en el que él me miró una vez más antes de recoger sus cosas e irse por la puerta, dejándome completamente sola en la clase. Solo entonces pude echar todo el aire que había estado guardando en mis pulmones durante esa conversación.

«Demuéstrelo».

Pues claro que lo iba a hacer.

CAPÍTULO 2

—¿Cómo está hoy?

—Tiene días mejores y otros peores, hoy es lo primero.

Le di un abrazo a la abuela antes de acercarme al abuelo, que estaba sentado en el sofá viendo una película.

—Ey. —Me senté a su lado y le acaricié la palma de la mano. Cuando era pequeña, siempre me lo hacía. Nunca fue muy cariñoso, al menos no como esa versión que relataba la abuela de cuando eran jóvenes y mi abuelo era la persona más atenta, romántica y cercana. Me hubiera gustado conocer esa otra versión de Noah Harris, esa en la que supuestamente no se lo había tragado su profesión y solo era un joven lleno de ilusión—. ¿Abuelo?

—¡Mi Eden! —Sonrió con los ojos y la boca.

Algo florecía dentro de mí cada vez que me miraba a los ojos de esa forma tan cercana.

—Ayer tuve mi primera clase de guion en la universidad.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo fue?

—Muy bien. ¿Sabes lo que nos ha mandado el profesor? Mejorar el guion de *Casablanca*, ¿puedes creerlo?

—¿*Casablanca*?

Asentí y esperé su respuesta. El abuelo torció la cabeza hacia un lado.

—Es un buen guion, sí, aunque a lo mejor se puede mejorar algo. Abrí la boca, pasmada.

—¿En serio?

—Siempre hay algo que mejorar en un guion, Eden, nunca está perfecto. Es algo que debes saber para cuando empieces a escribir el tuyo.

—Lo sé, lo sé.

—¿Has tenido alguna idea?

—Aún no. ¿Cómo lo hiciste tú? ¿En qué momento decidiste ponerte a escribir *El final de nuestro amanecer*? —me atreví a preguntar.

El abuelo odiaba que en casa se hablase de la obra que lo llevó a la fama y nunca lo entendí, nadie lo hizo. A los demás parecía no importarles demasiado, pero a mí... ¿Por qué lo odiaba tanto?

—Es tarde, Eden.

—No, abuelo. —Lo cogí del antebrazo—. ¿Por qué...?

—No quiero seguir hablando sobre esto. —Tiró con fuerza para despegarse de mí.

—¿Por qué odias hablar de este tema? Han pasado muchos años desde que salió la película.

El abuelo no respondió, se limitó a seguir viendo la película que estaba puesta. Ni siquiera traté de averiguar cuál era porque noté un vacío en el fondo de mi pecho, como un agujero, una interrogación tan grande que no me dejaba vivir tranquila sin preguntarme qué había pasado en la vida de mi abuelo.

Cogí mis cosas y, decepcionada, me levanté sin despedirme de él. A veces, era imposible no enfadarse con él. Tenía muchos conocimientos, podría contarme muchas cosas que él había vivido, enseñarme a ser una buena guionista como lo fue él.

Pero de repente dijo:

—No hagas que se convierta en una carrera entre el amor por tu profesión y el de una persona.

Me quedé en medio del salón con el aliento entrecortado intentando encontrarle un significado a lo que acababa de decir. ¿Se trataba de eso? ¿Del amor? Mi abuelo había tenido todo el amor del mundo con mi abuela, la persona que había querido durante más de cincuenta años. Todos sabíamos su historia, la de dos personas que no tuvieron un hueco para amarse hasta que lo consiguieron, que lucharon hasta encontrarse y amarse finalmente a la vez que la carrera de mi abuelo comenzaba.

—Cuando escribas, intenta encontrar tu voz interior, Eden, pero no lo hagas sobre alguien.

—No... No lo entiendo.

—Vamos, cielo. —Salté cuando noté las manos de la abuela sobre mis hombros—. Noah tiene que descansar, está cansado.

—¿Podemos hablar? —le pedí a mi abuela.

—Eden...

—Por favor —le supliqué con la mirada.

Junio, 1970

Dicen que cuando te gusta alguien comienzas a perder la cabeza. ¿De qué sirve entonces el amor si uno pierde lo más fundamental para querer?

«Mira más abajo, Noah, hacia el pecho —decía ella—. Mientras no pierdas lo que tienes ahí dentro, mientras no dejes de sentirlo, no tienes que preocuparte de perder la cabeza».

No sé qué me pasó cuando la vi. Sarah. Pintmey es un pueblo pequeño y todos nos conocemos. A veces resulta aburrido, mucho. Siempre ando dándole vueltas a la idea de viajar por el mundo, de salir de este pueblo donde lo único que destaca es un lago, de visitar Europa o Australia. Pintmey siempre fue aburrido, hasta que llegó ella.

Sarah se mudó con su familia hace cinco meses. Jamás olvidaré la forma en que Tony y yo la conocimos. Es la pequeña de tres hermanos, tiene diecinueve años y estaba tratando de escalar un árbol cuando Tony y yo la vimos por primera vez.

—¡Eh, te vas a caer!

Llevaba un vestido de lunares azul marino y unos zapatos planos un poco desgastados. Trepaba con dificultad y era cuestión de segundos que se terminase cayendo. Se la escuchaba refunfuñar por lo bajo maldiciendo el árbol y las ramas. ¿Por qué lo hacía entonces?

—¿Cuánto tiempo le das? —susurró Tony a mi lado, observando la escena igual que yo.

—¿Segundos?

—Se va a caer.

—Ya.

—Ve a por ella.

—¿Qué?

—Que la rescates. —Me dio un empujón y avancé hacia el árbol.

—Esto... Te vas a hacer daño y no me gustaría subir a por ti o llamar a la ambulancia. —No se me daba muy bien hablar con las chicas, interactuar en general con ellas, aunque Tony me dijese que tenía una larga lista de pretendientas por el pueblo. Bobadas.

—Déjame en paz —respondió la chica.

Puse los ojos en blanco y me volví para mirar a Tony, que me hizo una señal para que subiera al dichoso árbol para ayudarla. Resoplé. ¿Por qué tenía que hacerlo? Me acerqué al pie del árbol, puse un pie en el tronco y alargué los brazos para apoyarme en la primera rama. Era bastante alto, no tanto como Tony, pero conseguí llegar hasta la rama para impulsarme y subir. Lo que no supe es cómo llegó ella con su estatura.

—¿Qué estás haciendo?

—Intentar ayudarte antes de que te rompas una pierna.

—No voy a romperme una pierna, soy bastante...

—Bastante, ¿qué? —pregunté, cuando salté hacia la primera rama. Aguantaba mi peso, el árbol era muy grueso y grande.

—Atlética.

En cuanto dijo esa última palabra, su cuerpo resbaló y soltó un chillido, pero logré atraparla de su propio tronco.

—Mierda.

—Te tengo —dije, haciendo mucho esfuerzo para no caer— los dos—. Espera, alarga la pierna y apóyala aquí —le fui indicando.

Me hizo caso en silencio, ya que parecía tener palabras para todo.

En dos minutos conseguí bajar del árbol y la cogí por las rodillas para bajarla.

—Ya está. —Me froté las manos—. Ha sido pan comido, la próxima vez no te subas a un árbol.

—Yo solo estaba...

Fue entonces cuando alzó la cabeza y vi su rostro, sus facciones frágiles, su nariz pequeña y sus ojos verdosos. Se echó el pelo rubio y rizado hacia un lado despacio. No fue amor a primera vista, ni me enamoré de ella ni esas cosas que pasan en las películas, pero cuando la vi, pensé que era la chica más guapa que había visto en mi vida. Me gustó, me gustó de esa forma en la que te das cuenta de que una persona tiene un algo que no sé—qué que te gusta y logra captar tu atención de alguna forma.

—Eres nueva en el pueblo, ¿verdad? Me llamo Noah. —Le tendí la mano.

—Esto... —Parecía avergonzada de repente—. Sarah.

Sarah.

—¿Qué hacías ahí arriba?

—Hola, soy Tony. —Mi mejor amigo apareció de repente. Casi había olvidado que estaba ahí. Los dos se saludaron.

—¿Y bien? ¿Qué tratabas de hacer?

—Eso, aquí en Pintney los que nos subimos a los árboles somos Noah y yo.

—Solo quería tener una mejor visión.

—¿De qué?

—Del campo.

Estábamos en una zona prácticamente desierta donde solo había un prado y algún que otro árbol. El pueblo estaba hacia el otro lado.

—Me gusta pintar.

Algo hizo clic en mi cabeza en ese momento.

—¿Pintas paisajes? —preguntó mi amigo.

—Pinto lo que llama mi atención —respondió, y Tony y yo nos volvimos para observar a nuestro alrededor. No vi gran cosa,

aunque quizás era porque había crecido y estado en ese espacio millones de veces, tanto que había dejado de ser algo especial y nuevo.

—¿Dónde vives?

—Cerca de la fábrica.

Tony me miró de reojo. No era una buena zona. Al contrario, era el barrio pobre de Pintmey, la zona con más delincuencia del pueblo. Y la fábrica era la fábrica de zapatos donde trabajaban los padres de Tony, en la que él echaba un cable de vez en cuando.

La volví a mirar de arriba abajo. No parecía sacada de ese barrio, justo lo contrario; Sarah parecía llegada de una ciudad grande como Albuquerque o Phoenix.

—Es de mi hermana mayor, se lo he robado —dijo como si hubiese leído mi mente. Se planchó el vestido con las manos—. Me va a matar por habérselo ensuciado.

Nos quedamos en silencio y Tony me hizo señales con las cejas para que dijese algo. Le devolví el gesto preguntándole qué quería que hiciese.

—Esto... ¿Quieres venir a tomar algo con nosotros? —terminé proponiéndole.

Y así fue como conocí a la chica con la que pasaría el resto de mi vida.

CAPÍTULO 3

Llevaba una hora y media sentada frente al ordenador con el guion de *Casablanca* delante de mí sin moverme. Resoplé. Le di un sorbo al café. Volví a revisarlo. Nada. Me recogí el pelo en una coleta alta.

«Un guion nunca está perfecto», había dicho mi abuelo. Pero *Casablanca* era increíble. ¿Cómo iba a ser capaz de modificar algo de esa obra maestra? Había ganado tres premios Oscar, entre los que se encontraba el premio al mejor guion adaptado. Tal vez existían guiones que rozaban la excelencia, pero *Casablanca* la sobrepasaba: era excelente. Le di un par de vueltas de nuevo a la estructura del guion. ¿Por qué había mandado el profesor Cooper esa estúpida tarea? La mayoría de los alumnos apenas tenían conocimientos de guion, ¿qué esperaba ver? Estuve a punto de llamar a la abuela para que me pusiera con el abuelo. Tenía curiosidad por su opinión más allá de que esa película podía ser mejor, necesitaba que me ayudara porque no quería quedar mal delante del profesor Cooper.

¿Cómo se llamaría? ¿Y por qué andaba dando clase tan joven? Cuando escogí esa asignatura, esperaba encontrarme con un antiguo guionista de Hollywood que se había jubilado, un hombre o una mujer experimentada, con trayectoria, con anécdotas de las que pudiéramos aprender los alumnos de último curso. ¿Por qué Cooper? ¿Quién era?

Estaba a punto de buscar información en internet sobre él cuando me llamó Skylar. Quise ignorar su llamada porque necesitaba terminar el trabajo, tras tantear un rato, lo hice. Pero llamó otra vez. Y otra.

Lo cogí.

—¿Acaso te has quedado dormida?